

## OPINIÓN

El Comercio abre sus páginas al intercambio de ideas y reflexiones. En este marco plural, el Diario no necesariamente coincide con las opiniones de los articulistas que las firman, aunque siempre las respeta.

EL COSTO ESCONDIDO DE LOS TRÁMITES BUROCRÁTICOS

## Historia de un brevete

- ALFREDO BULLARD -  
Abogado

El lunes me di cuenta de que había perdido mi licencia de conducir. Más allá de la incomodidad natural de no poder manejar, lo que más me fastidiaba era saber que tendría que luchar con la administración pública para sacar el duplicado.

Colas, requisitos poco claros, recatafilas de papeles, pagar tasas, lidiar con funcionarios que, con discrecionalidad, te cambian las reglas de juego, tramitadores que te persiguen pidiéndote el oro y el moro por evitarte, paradójicamente, el suplicio tramitológico. Horas y horas y cantidades de buen humor perdido en ventanillas y requisitos.

Lo había vivido antes. Luego de largas esperas llegas al funcionario para que te diga que falta algún sello o papelito. Y cuando regresas te manda a otra ventanilla donde te vuelve a faltar otro sello u otro papelito. Y luego de varias ventanillas, sellos y papelitos te dicen que tienes que regresar en varios días a ver si la fuerza te acompaña y obtienes el resultado perseguido.

Para obtener mi duplicado tenía que hacer una denuncia y obtener la certificación de la misma en una comisaría. No sé usted, pero me es difícil imaginar un local al que se tenga menos ganas de ir. Desorden, falta de infraestructura, desidia, y con mucha frecuencia, frases como “ayúdeme a ayudarlo” o “lo dejo a su criterio” que reflejan formas nada sutiles de corrupción.

Pagué mis tasas de denuncia policial y de duplicado de brevete. Llegué de muy mal humor a la comisaría. Me hicieron pasar a una oficina y me dispuse a iniciar el suplicio. El policía, sentado frente a una computadora, me pidió que esperara un instante (“en lenguaje burocrático ‘instante’ quiere decir ‘dos horas’”, me dije). Pero no fue así. Tomó dos minutos. Me pidió mi número de

DNI. Había llevado un file en el que había metido todo lo que se me ocurría podía pedirme: copia del DNI, copias del brevete perdido, recibos de luz y agua para acreditar mi domicilio, pasaporte, etc. Pero no me pidió nada más. Entró a Internet, bajó toda la información que necesitaba y la validó conmigo.

Le pregunté en cuántos días debía regresar por la certificación de la denuncia. El policía sonrió, apretó una tecla y de la impresora salió un papelito. Lo selló, firmó y me lo entregó: “No tiene que regresar, aquí lo tiene”. En total, desde que entré, tomó menos de 6 minutos.

**TRABAS**  
Hacer las cosas bien puede ser fácil, pero si hay una forma de hacer difícil lo fácil, un burócrata la encontrará.

Tenía tiempo de ir a la oficina del Ministerio de Transportes y Comunicaciones (MTC) para dejar mis papeles. Llegué y una señorita me dio un formulario y me pidió la denuncia. Lo llené y me dijo: “Aquí falta algo”. Para mis adentros dije que no podía ser verdad tanta belleza, ahora sí comenzó la tortura burocrática. Me dijo: “Tiene que tomarse un análisis para verificar su tipo de sangre”. “¿Y cuánto toma eso?”, pregunté. “Cinco minutos en cualquiera de los centros médicos autorizados”.

Efectivamente, en la cuadra había varios centros disponibles. El examen tomó cinco minutos. Dejé los papeles y cuando me disponía a preguntar cuándo tenía que regresar me dijeron que pase a la sala del costado. En 10 minutos me entregaron mi nueva licencia. En menos de una hora (incluido el moverse de la comisaría a la oficina del MTC) había resuelto el problema.

Recordé entonces otra experien-



cia reciente. El Reniec me entregó el duplicado de mi DNI casi de inmediato luego de solicitarlo por Internet.

La tramitología burocrática es un impuesto ciego y costoso, que confisca al ciudadano tiempo, dinero y, sobre todo, libertad para invertirla en su propio desarrollo. Por ello es tan importante destacar cuando se hacen

las cosas bien.

Lo bueno ayuda, por contraste, a ver todo lo que se hace mal. Muchas dependencias, en especial regionales y municipales, siguen sometidos al eterno flagelo del cepo burocrático. Hacer las cosas bien puede ser fácil, pero si hay una forma de hacer difícil lo fácil, un burócrata la encontrará.



ILUSTRACIÓN: VÍCTOR SANJINEZ

RINCÓN DEL AUTOR

## Antielecciones

CARLOS MELÉNDEZ  
Político

El proceso electoral que tenemos al frente es, a todas luces, irregular. Tachas, exclusiones, denuncias, renunciaciones, fallos y contrafallos han generado un ambiente hostil para que el ciudadano pueda cumplir con su derecho de elegir. De hecho, no se discute si las elecciones han perdido legitimidad, sino la magnitud y el alcance de esta pérdida (como lo menciona Jaime de Althaus). Las autoridades electorales quedan golpeadas afectando a la legitimidad del régimen democrático en su conjunto (como señaló Arturo Maldonado). El desprestigio abarca desde los asesores, consultores y analistas que han metido su cuchara hasta posiblemente el próximo gobierno que saldrá de unas urnas con opciones limitadas. El resultado son unas antielecciones que se suman a un funcionamiento ya deficitario de la política, a una crisis de representación permanente y a reglas de juego y jueces cuestionados, si acaso faltaba consagrar la desgracia.

El problema de fondo de la democracia peruana es que dicha pérdida sistemática de legitimidad no importa para la mayoría de peruanos. Parece que se hubiera instalado en el inconsciente colectivo nacional una generalizada desafección respecto a lo que sucede en la política, incluyendo la pasividad frente a la ofensa—directa o indirecta— a la garantía mínima de derechos individuales. Si pedimos a gritos “estados de emergencia”—que disminuyen nuestra ciudadanía— con tal de luchar contra la inseguridad, no es sorprendente ver a la mayoría de peruanos de brazos cruzados ante la pérdida de legitimidad del proceso electoral (por acción u omisión de las autoridades electorales).

La indiferencia y pasividad ante el agravio político se ha ido cultivando sistemáticamente desde el colapso del sistema partidario en los ochenta. El paulatino abandono de los partidos políticos tradicionales ha dado paso a nuevos partidos amorfos que existen gracias a sustitutos partidarios. Las identidades políticas predominantes en el país no son positivas, sino negativas: el antifujimorismo y el anti-aprismo. Los peruanos no votamos con el corazón ni con la razón, sino con el hígado. Por si fuera poco, los candidatos presidenciales no sobresalen por sus cualidades o por su carisma, sino por ser el “mal menor”. Son anticandidatos—como lo llamo en el libro de reciente edición—, personalismos que no atraen seguidores leales (“lovers”), sino críticos acérrimos de sus rivales (“haters”).

Nuestra política es digna de lo real-horroroso. Fíjese en el resumen: partidos amorfos, identidades negativas (“haters”), anticandidatos. Ahora sume el último ingrediente: antielecciones. La reacción, a nivel individual, va a ser una combinación de violencia atomizada (de grupos que transitan entre el republicanismo de ONG y la protesta social anarquizada) y de indiferencia expansiva (entre los más informados). Me temo que el irrespeto a la institucionalidad ya no conmueve (salvo para minorías) y que la anarquía electoral en la que estamos sumergidos es preocupación solo de unos pocos. Para el gran público, se trata de un vicio más.

Advertencia: no hay reforma política que nos saque de donde estamos. Nuestra “crisis perpetua” es sui generis y las recetas son insulsas. No existen consensos mínimos entre la clase política ni entre los tecnócratas de la ingeniería constitucional para trazar escenarios de salida. Además, la polarización política que se agudiza producirá resentimientos suficientes como para trabar las iniciativas del próximo gobierno (si las tiene, en el mejor de los casos).

MIRADA DE FONDO

## La sorpresa brasileña

- IAN VÁSQUEZ -  
Instituto Cato

Brasil ha sorprendido a toda América Latina por el megaescándalo de corrupción que está hundiendo al país en una crisis política y económica. No sorprende que coimas multimillonarias desviadas de la empresa estatal Petrobras hayan beneficiado a cierta élite gobernante y empresarial. La sorpresa es cómo se destapó la trama y, todavía más, el hecho de que se están deteniendo y condenando a personas que se encuentran entre las más poderosas del país.

Solo este mes se detuvo temporalmente al ex presidente Lula da Silva, a quien la fiscalía de Sao Paulo ahora pide arrestar, y se condenó a 19 años de cárcel a Marcelo Odebrecht, ex presidente de la constructora que lleva su nombre.

La justicia brasileña parece estar funcionando en este caso. Algo ha cambiado en las políticas y las instituciones del país en el último cuarto de siglo, que ha hecho de

Brasil un país diferente a buena parte de la región en cuanto a la independencia de la justicia y los resultados que logra.

Geanluca Lorenzon, experto en derecho en el Instituto Mises de Brasil, destaca varios cambios que han permitido esta lucha contra la corrupción. Uno de ellos es el uso de la delación premiada, poco común en países de derecho civil. Esa figura permite que el acusado pueda reducir su sentencia a cambio de delatar a otra persona involucrada en el supuesto crimen. En el caso brasileño, el acusado tiene que proveer cierta evidencia de lo que delata. Esta ley se introdujo al Código Civil en el 2008. Sin ella es difícil pensar que se hubiera podido descubrir la trama de corrupción y su alcance, ni mucho menos armar un caso legal efectivo.

Otro cambio clave data de la Constitución de 1988. Desde entonces, los fiscales y los jueces pasan



por exámenes y concursos públicos, transparentes y competitivos. Esto hace que la justicia se haya vuelto cada vez más independiente del poder en la medida que han pasado los años. Para ser

juez no hace falta una conexión política. Hay una generación de jueces y fiscales jóvenes en Brasil que son independientes y se sienten orgullosos de serlo. A sus 43 años, el magistrado Sergio Moro, a cargo del caso de Petrobras, se ha vuelto un héroe popular. A los jueces y fiscales se les paga bien—pueden ganar US\$10.000 al mes—lo que debe reducir las probabilidades de corrupción. Son profesiones de prestigio. Y el hecho de que los miembros de la policía federal también son seleccionados de la misma manera imparcial y basada en mérito le ha dado a ese cuerpo cierta autonomía y creciente prestigio.

Brasil también ha fortalecido sus instituciones al crear en el 2004 el

Consejo Nacional de Justicia y el Consejo Nacional del Ministerio Público. Estas instituciones, dice Lorenzon, han incrementado la rendición de cuentas de sus miembros al poder investigar y condenar jueces, por ejemplo.

El caso de corrupción de hace unos años conocido como mensálo igualmente contribuyó a fortalecer la credibilidad de las instituciones. Ese caso, también producto de los cambios de políticas en los últimos 25 años, terminó encarcelando a políticos poderosos por haber sobornado a legisladores. La Corte Suprema mostró su independencia, ya que varios de los acusados eran altos funcionarios del partido del gobierno.

Algo interesante está pasando en Brasil que merece más atención y puede proveer lecciones para el resto de la región. Se esta profesionalizando la justicia a la medida que se vuelve más independiente y más cercana a los problemas que conciernen a la población.

HABLA CULTA

- MARTHA HILDEBRANDT -

**Chafalonía.** Esta palabra de étimo incierto designaba en el Perú el conjunto de joyas de oro o de plata que se compraban al peso, para ser fundidas. El término se aplicaba, por extensión, a alhajas de imitación y a la bisutería. *Chafalonía* fue admitido, con indicación de peruanismo, en la edición de 1899 del DRAE, pero hoy aparece como si fuera un uso del español general. Lo cierto es que solo se conoce en el Perú, Chile, Argentina y Bolivia; se emplea también en la Argentina la forma equivalente *chafalonería*.

El Comercio

Director General: FRANCISCO MIRÓ QUESADA CANTUARIAS

Director Periodístico: FERNANDO BERCKEMEYER OLACHEA

Directores fundadores: Manuel Amunátegui [1839-1875] y Alejandro Villota [1839-1861]  
Directores: Luis Carranza [1875-1898] - José Antonio Miró Quesada [1875-1905]  
- Antonio Miró Quesada de la Guerra [1905-1935] - Aurelio Miró Quesada de la Guerra [1935-1950]  
- Luis Miró Quesada de la Guerra [1935-1974] - Oscar Miró Quesada de la Guerra [1980-1981]  
- Aurelio Miró Quesada Sosa [1980-1998] - Alejandro Miró Quesada Garland [1980-2011]  
- Alejandro Miró Quesada Cisneros [1999-2008] - Francisco Miró Quesada Rada [2008-2013]  
- Fritz Du Bois Freund [2013-2014]